



Publicado por:

NovaCasaEditorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Javiera Paz**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Noelia Navarro

Corrección

Bárbara Antón

Diseño de portada

Tyler Evelyn Rood / Vasco Lopes

Maquetación

Vasco Lopes

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Enero de 2021

Depósito Legal: B 20237-2020

ISBN: 978-84-18013-11-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

JAVIERA PAZ

SECUESTRO



Nova Casa Editorial



*Para quienes son capaces de encontrar un rayo
de luz entre tanta oscuridad.*

*También para aquellos que están constantemente
enfrentándose a sus sombras.*

*Y para ti, que sé que has vivido al menos una cosa
que te destrozó, pero sigues de pie sin rendirte.*



- CAPÍTULO UNO -

Alice Brenden

Es como si estuviese contando una pesadilla, no tan solo un mal recuerdo, sino el único que realmente podría definir como «malo». No estoy tan segura de sentirme mal por eso, pues, hoy no sería la misma sin haber vivido antes.

Creo haber escuchado muchísimas veces: «Al mal tiempo buena cara», pero ¿cómo lo haces cuando estás entre cuatro paredes? ¿Cuando no llevas un paraguas escondido para protegerte de la tormenta? Hay veces que hasta la persona que creías menos apropiada para ayudarte puede salvarte del infierno en el que te encuentras, o puede ser al revés, tú puedes salvar a alguien de un infierno interno o externo, con pequeños detalles, por eso, no dejes de sonreír.

Como de costumbre, esa mañana desperté antes que papá y Liam. Intenté ser rápida en el baño batallando con el champú y el acondicionador, luego con el secador de cabello y las toallas. Y así intentaba ser cada mañana, ya que Liam, mi hermano, comenzaba a fastidiarme porque «no quiere llegar tarde a la universidad», claro que, si así fuera, se levantaría una hora antes

que yo, pero de todas formas intento entenderlo y quererlo con sus decisiones y rarezas.

Desayuné junto a los dos mientras mi madre seguía durmiendo con mi hermana pequeña.

—No entiendo por qué tardan tanto en el baño —expresó papá mientras miraba el periódico en su teléfono, siempre lo hacía cada mañana mientras bebía un tazón enorme de café.

—Alice —respondió mi hermano. Luego me observó y negó con su cabeza burlándose.

—Liam debería levantarse mucho más temprano que yo —rodé los ojos.

Liam se rio de mí y luego me lanzó un beso para molestarme. Mi padre se nos quedó mirando unos segundos y levantando las cejas tipo «no los entiendo» expresó:

—Voy atrasado. Nos vemos en la tarde. —Se puso de pie y tomó su chaqueta.

Se despidió de ambos con un beso en nuestras cabezas y luego salió casi corriendo de la sala. Me quedé mirando a Liam unos segundos con mis ojos entrecerrados para fastidiarlo, pero él no me prestó demasiada atención.

—Deja de observarme y ve a lavarte los dientes porque te iré a dejar a la escuela —dijo mientras se ponía de pie.

—Está bien —sonreí.

Rápidamente me cepillé los dientes y luego vi a mi hermano salir de casa con los cascos en sus manos y con su típica actitud indiferente, es tan gracioso. Liam es cuatro años mayor que yo y está cursando su cuarto año universitario. Todas las chicas a las que conozco, incluso algunos chicos, lo adoran por «su apariencia», pero yo todavía no lo comprendo. Siempre llega a casa con regalos de diferentes pretendientes o, a veces, hay algunas que le ayudan en todos los trabajos que debe hacer. Sin embargo, mi hermano no toma demasiado en cuenta a las chicas si ellas buscan una relación estable. Creo que Liam solo está a favor de divertirse.

Salí de casa cerrando la puerta a mis espaldas, caminé hacia la moto de Liam y de un salto me subí detrás de él.

—Ten. —Me tendió el casco, me lo puse y luego lo abracé con fuerza—. Deja de asfixiarme —gruñó.

No sé cómo, pero llegué sana y salva a la entrada de la escuela. Nada era peor que tener las piernas temblando.

—¡No entiendo cómo papá te regaló una moto! —exclamé mientras, con desesperación, me quitaba el casco y casi se lo lancé en el abdomen.

Él rio mirándome.

—Deja de ser tan dramática y miedosa, no sé por qué lo sigues siendo, siempre te traigo a la escuela en moto.

—¡Y es que aún no te das cuenta de que puedes matarme!

—Eso jamás pasaría —sonrió mientras encendía el motor nuevamente—, además, nos mataríamos los dos.

—Está claro que mi vida vale más que la tuya —bufé. Él rodó los ojos—. Está bien, adiós. —Volteé para seguir mi camino hacia la puerta de la escuela.

—Dime «te amo» —dijo, pero lo ignoré—. ¡Alice dime «te amo!» —gritó consiguiendo que unas cuantas personas se nos quedaran mirando. Mi rostro se tornó serio.

—Eres un idiota. —Enarqué una ceja.

—«Liam, eres el mejor hermano del mundo y te amo» —imitó mi voz para que claramente yo se lo dijera.

—Liam, eres el mejor hermano del mundo y te amo —dije con ironía y luego sonreí falsamente.

—Sé que me amas, no debías decirlo —sonrió y me guiñó un ojo.

—Debería matarte —gruñí volteando para seguir mi camino—. Debería haber tenido un hermano normal, mamá no es rara y papá tampoco... —reflexionaba en voz alta mientras me alejaba de mi hermano, quien, al verme entrar a la escuela, se marchó.

—De nuevo hablando sola —escuché—. Ya estás dándome miedo, pareces una loca. —Miré hacia mi derecha y vi a Jamie, quien venía hacia mí con una gran sonrisa.

—Es que Liam está loco, no yo —expliqué.

—Y bueno también —rio.

La miré en silencio un tanto asqueada, todas las chicas veían en mi hermano un adonis, un Dios griego, pero definitivamente yo no le veía nada de guapo a ese fenómeno.

—¿Has visto a Lía? —le pregunté para cambiar el tema de conversación.

—No, debe estar en el salón.

La escuela a la que asistía era una de las mejores catalogadas a nivel nacional por su nivel académico, pero lamentablemente era solo de mujeres. Aunque no sabía si era del todo malo que así fuese.

—¡Ahí están! —escuchamos el grito de Lía al vernos entrar al salón de clases.

Nos sentamos en nuestros pupitres saludándola y luego, como no estaba la profesora todavía, la conversa era nuestra mejor amiga.

—¿Estuviste con Christopher este fin de semana? —me preguntó Jamie.

—Sí —contesté—. Estuvimos en casa, nada fuera de lo común —me encogí de hombros.

—Un carrusel de aventuras. —Jamie rodó los ojos y luego ambas rieron.

Christopher era mi novio desde hacía dos años, pero lo conocía desde hace cuatro, ya que éramos amigos. No sé cómo descubrimos que estábamos enamorados, había pasado de manera repentina, pero me gustaba. Era un gran chico, o eso al menos me había demostrado durante todo este tiempo. Era sumamente atento, preocupado y cariñoso. Y las poquísimas veces que habíamos discutido era él quien siempre intentaba arreglar las cosas. Es mayor

que yo por un año y está en su primer año universitario y, adora, digo ADORA el baloncesto más que a cualquier cosa.

—Buenos días, chicas —escuchamos a la profesora entrando al salón, dejó sus cosas en su escritorio y nos observó.

Sin excepción alguna, nos pusimos de pie y saludamos al mismo tiempo para luego volver a nuestros asientos. El silencio reinó en el salón de clases, era la costumbre, todas estábamos adiestradas así, aunque sonara de mala manera, así se le llamaba cuando les enseñabas a los animales, pero prácticamente así es también con los humanos... «Condicionamiento operante».

Mientras la profesora hablaba sin pausas acerca de la historia del mundo, comencé a caer en un abismo de aburrimiento y desconcentración, aparte de que Jamie y Lía estaban jugando al gato en uno de sus cuadernos, equis y círculos en cada página.

Siempre habíamos sido las tres: Jamie, Lía y yo. Jamie era la hiperactiva y agresiva. Podía ser la chica más agradable de la escuela cuando quería serlo, claro, pero cuando tenía que resolver algún problema, no dudaba en hacerlo a golpes. Lía era la centrada, algo más tierna y la que resolvía todo mediante diálogos y buenos modales. Dudo muchísimo que Lía piense en hacerle daño a alguien. Yo creo que soy la combinación explosiva de ambas. Creo poder resolver mis problemas mediante una conversación, diálogo, monólogo, lo que sea, pero claramente si algo no me está gustando, soy la primera en gritarlo a los cuatro vientos y el drama me corrompe. Supongo que siempre estaré descubriéndome y nunca diré con exactitud «así soy yo». ¿Quién puede hacerlo? Si hay veces en las que reaccionas de la manera que jamás creíste posible hacerlo.

El día pasó relativamente rápido y a la salida esperé a Christopher unos minutos, pero ya comenzaba a tardar demasiado.

—¿Te irás o lo esperarás? —me preguntó Jamie.

—No lo sé, supongo que lo esperaré unos minutos más —contesté.

—Está bien, yo debo irme.

—Sí, nos vemos mañana —sonreí.

Besé su mejilla y luego la de Lía. Las vi alejarse por la calle hasta la parada del autobús. Y aunque mirara en todas las direcciones para ver si Christopher aparecía, no apareció. Mi teléfono comenzó a sonar en la mochila, rápidamente lo saqué y vi su nombre en la pantalla.

—¿Hola?

—Alice, ¿dónde estás?

—Esperándote —contesté como si fuese obvio —, se suponía que vendrías a por mí.

—Lo lamento mucho. Debí avisarte antes, pero estoy ocupado en la universidad y no llegaré a tiempo.

—Me di cuenta.

—Lo lamento, cariño. Mañana voy por ti sí o sí, ¿me perdonas?

—Está bien, Christopher, no te preocupes.

—Me llamaste Christopher.

—Pues así te llamas.

—Solo cuando estás enojada.

—No te preocupes por eso —solté.

—Te amo.

—Yo también a ti, pero no vuelvas a dejarme plantada —dije mientras comenzaba a caminar hacia la parada de autobús.

—Te prometo que no.

—Bueno, termina de hacer lo que estés haciendo. Hablamos más tarde.

—Sí, cariño, yo te llamo.

—Te esperaré —sonreí mirando como una estúpida la calle.

—Cuídate y avísame cuando estés en casa, ¿sí?

—Lo haré, nos vemos. —Colgué.

Odiaba sobremanera que me dejaran plantada. Era segunda vez que lo hacía, pero pretendía, con toda mi dignidad, no

molestarme. Debía entender que estaba ocupado con la universidad, y es que, a veces, se ponía muy pesada.

Afortunadamente, el autobús pasó de inmediato, pagué mi pasaje y me senté al costado de un chico que iba escuchando música con audífonos.

En cuanto entré a casa, lancé la mochila al sofá y antes de que pudiera emitir cualquier sonido, escuché la voz de mamá.

—¿Alice? ¿Eres tú? —gritó desde el segundo piso.

—Sí. —Subí las escaleras.

Entré a su habitación, ahí estaba junto a Giuliana mirando una película de Disney tendidas en la cama. Las besé a ambas.

—¿No venías con Christopher? —me preguntó bajando la voz, ya que Giuliana comenzaba a dormirse.

—Sí, pero me llamó a última hora —le conté—. «Estoy ocupado en la universidad» —imité su voz. Tomé mi teléfono y le envié un mensaje escribiéndole que había llegado bien a casa; él contestó al minuto: «Está bien cariño».

—Debes entenderlo.

—Lo sé —sonreí.

—No te preocupes de más.

—No lo hago. —Me encogí de hombros.

Luego de unos minutos, cuando mi hermana ya estaba dormida, bajamos y mi madre se empeñó en preparar algo para comer mientras hablábamos de la escuela y sobre mis amigas. Siempre éramos así, muy cercanas y muy amigas. A mamá no había nada que se le pasara, siempre estaba atenta a todo, era como un gato.

—¡Familia, he llegado! —escuchamos el grito de Liam mientras entraba a casa.

—¡Silencio, idiota, que está durmiendo tu hermana! —exclamó mi cariñosa madre.

—Me encantan estos recibimientos fraternales —comentó acercándose a la cocina. Nos saludó y luego ayudó a mamá a prepararle un plato con comida.

—¿Y el estúpido de Christopher? —preguntó Liam.
—Estaba ocupado, ¿por qué?
—No lo sé. Creo que me acostumbré a verlo a esta hora aquí y solo quería fastidiarlo —rio.
—Te agrada.
—¿Tengo otra opción?
—No —le sonreí.
—¿Me acompañas? Tengo que comprar unos materiales en el centro comercial.
—¿Cuándo?
—Ahora. Terminó esto, me cepillo los dientes y nos vamos, ¿qué te parece? —movió sus cejas de arriba abajo.
—Liam...
—¡Vamos, Alice! Siempre tienes el culo plantado en el sofá...
—¡Liam! —lo regañó mi madre.
—Es cierto —continuó mi hermano—, además, no quiero ir solo. Prometo que te compraré lo que quieras. *Pizza*, helado, *hot dog*...
—Está bien —solté el aire de mis pulmones—. Con un helado me conformo.
—¿Conformarte? Conociéndote sé que elegirás algo que me deje en la ruina.
Liam acabó su comida y corrió a cepillarse los dientes. Hizo que llevara mochila, que probablemente solo para eso quería que lo acompañara, para llevar su mochila porque según él «se podían arruinar los materiales en la moto». Nuevamente casi lo asfixié en mi intento de afirmarme y volamos por las calles hasta dar con el bendito y odiado centro comercial. Enganchó la moto y luego subimos al único lugar, probablemente, que vendía todo tipo de materiales.
—¿Cuánto tiempo más pretendes estar con Christopher? —me preguntó mi hermano mientras caminaba con una sonrisa indiferente mirando a algunas chicas pasar.

—El tiempo que sea necesario, ¿por qué? —Alcé mi vista.

—¿Crees que él es el amor de tu vida? —sonrió con ironía.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño.

—Que ingenua, Alice. Deberías pensártelo mejor. Dos años creo que es muchísimo tiempo de tu juventud que se va a pasos agigantados, ¿no crees? —me observó—. Deberías divertirte un poco más, salir con muchos chicos más, conocerlos, ir a citas, qué sé yo. Pero estás amarrándote a un chico que acaba de entrar a la universidad y quizá no sabes qué esté haciendo ahí dentro.

—Ay, Liam...

—Es que me sorprende que ni siquiera te fijas en los chicos que se quedan mirándote, ¿acaso ya te has muerto? —hizo una pausa dramática mirándome, pero al ver mi expresión, continuó—. Bueno, de todas maneras, son tus decisiones.



- CAPÍTULO DOS -

—Por favor, deja de pensar tan mal de nuestra relación.

—¿Ves? Ni siquiera le tienes confianza a la «relación» —exageró su expresión al decir «relación»—. Me ignorarías si así fuese.

—Eres mi hermano —fruncí el ceño—, se supone que debo escucharte.

—Olvídalo, solo estoy diciéndote lo que pienso. —Se encogió de hombros.

—Eso lo dices porque nunca has estado enamorado.

—No tiene nada que ver —me observó fijamente, como si lo hubiese ofendido—. Cuando llegue la chica indicada quizá me enamore, pero ahora no.

—Quizá Christopher es el indicado —comenté segura de mis palabras.

Liam solo se limitó a asentir con una sonrisa. Intenté ignorarlo lo que más pude, es decir, ignorar lo que estaba diciéndome. No quería pensar mal acerca de Christopher ni menos de la universidad. Sé que es un proceso nuevo, pero eso no supone acostarse con cualquier persona.

—Aquí es —escuché a Liam, quien me despertó de mis pensamientos.

Solo me dispuse a caminar detrás de él. Realmente había muchísimos materiales. Lo vi sacar todo lo que necesitaba de los muebles, lo ayudé con algunas cosas y luego nos acercamos a la caja para pagar.

—¿Y ahora qué comeremos? —pregunté mientras salíamos de la tienda.

—¿Un helado?

—Está bien.

Caminamos en dirección a mi heladería favorita mientras conversábamos algunas cosas rutinarias, la escuela, mis amigas, algunas anécdotas locas de mi hermano. La mayoría de las chicas de mi edad que tienen hermanos se llevan fatal con ellos, pero agradecía que Liam no se comportase como un neandertal.

—Ya sabes, chocolate —sonreí. Él me guiño un ojo y luego se marchó para comprar.

Me senté en una mesa para dos personas y comencé a ver mi teléfono mientras Liam compraba. No tardó demasiado en llegar a mi lado junto a los helados.

—¿Por qué te gusta tanto el helado de chocolate? Es asqueroso —se quejó Liam.

—Te pierdes la mitad de tu vida.

—Claro que no, ¿recuerdas cuando comíamos y comíamos chocolate sin parar? —rio.

—Sí, y te intoxicaste —solté una carcajada.

Él también rio de su desgracia. Le había ocurrido cuando era pequeño y desde ese momento jamás volvió a comer o beber alguna cosa que tuviese chocolate.

Cuando acabamos nuestros helados, Liam me indicó que era hora de irnos. Tomó su teléfono y comenzó a escribir rápidamente mientras sonreía.

—¿Estás hablando con una de tus tantas pretendientas? —sonreí.

—Puede ser. —Movi6 sus cejas de arriba abajo. Solo rio y luego caminamos afuera de la heladería.

De pronto, el rostro de Liam se torn6 serio y su mirada estaba fijamente puesta al frente. Se detuvo en seco y yo sonreí al ver su expresi6n, lo miré sin entender.

—¿Qué diablos te pasa? —reí.

Él me ignor6. Fue ahí cuando miré en la direcci6n en la que estaba haciéndolo él. Mi garganta se apret6 y sentí como el enojo subi6 a mi cabeza. No podía creer lo que veía. Era Christopher, pero estaba con una chica en sus piernas, él la besaba y reían de algo que no podía oír. Sentí mi pecho apretado al imaginar que en realidad ellos sí parecían novios y hace muchísimo tiempo. Podía sentir mis mejillas rojas de molestia.

—Alice, vamos a casa —expres6 Liam, me tom6 de la mano, pero rápidamente me solté de él y caminé decidida hacia mi supuesto enamorado.

Al estar frente a Christopher, él levant6 su mirada chocando con la mía y su rostro palideci6. A pesar de que sentía mi corazón hecho un desastre no dejé que ninguna lágrima recorriera mi rostro. Él sac6 a la chica de sus piernas y rápidamente se puso de pie para intentar acercarse a mí.

—¿Qué demonios sucede contigo?! —alcé la voz, que por un momento pensé que no saldría de mi garganta.

Liam, quien se encontraba detrás de mí, puso una mano en mi hombro, intentando, creo, que no hiciera nada estúpido.

—Alice, puedo explicarlo..., en serio, puedo explicarlo —tartamudeaba Christopher mientras intentaba acercarse a mí.

La chica que estaba junto a él no parecía estar sorprendida con mi presencia, así que probablemente ella sabía que yo siempre existí en la vida de Christopher.

—¿Qué es lo que quieres explicarme? ¿Que estás engañándome? —pregunté con sarcasmo mientras intentaba retener, a toda costa, las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos.

—Alice, ella es...

—¿Qué me importa eso, Christopher?! —grité con desagrado—. Vete al diablo. Olvídate de lo que alguna vez tuvimos.

Él iba a decirme algo, pero Liam lo detuvo plantándose frente a él. A la chica ni siquiera quise mirarla, así que rápidamente comencé a caminar para salir del centro comercial. Escuchaba sus voces a lo lejos, pero no podía pensar ni oír con claridad.

—Alice, espérame —escuché a mi hermano, quien venía corriendo detrás de mí.

Caminamos juntos y en silencio hacia su moto hasta que nos marchamos del lugar. Mientras seguía reteniendo todo en mi garganta, Liam aceleró y rápidamente estuvimos en casa. Lo primero que hice fue correr a mi habitación, cerré la puerta con fuerza y quise contar hasta diez, pero no lo logré.

«Christopher estaba en el centro comercial con una chica», escuché a Liam contarle a mi madre.

Respira.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y cuando no pude soportarlo más comencé a llorar. Me lancé a la cama como si mi vida dependiese de ello y golpeé tanta almohada y peluche que se cruzara en mi camino.

No podía creer que me estuviera pasando algo así, ¿dos años junto a él para que luego me hiciera algo así? Le había entregado dos años de mi vida, mi tiempo, mi cariño y mi atención y ahora estaba tirando todo a la basura, como si no valiese nada.

Tenía mi corazón hecho trizas, me sentía estúpida, la mujer más estúpida del universo. Solo podía oírme hablándole a mi hermano de que Christopher tal vez sí era el indicado y que podía ser el amor de mi vida y, claramente, ni siquiera fui una prioridad en su vida. Demonios. Solo podía sentir como arrastraban mi dignidad por el suelo. Todo lo que había dicho alguna vez no había valido la pena en absoluto. ¿Qué tipo de persona es así de desleal? Hubiese preferido cien veces que él se acercara a mí para

decirme la verdad si le gustaba otra chica a la opción de verlo así en el centro comercial. Pero en estas situaciones nadie nos da a elegir.

—¿Alice? —la voz de mi hermano se hizo presente desde el otro lado de la puerta. No dije nada, pero para él era un claro «pasa», así que rápidamente se metió en mi habitación.

Lo vi entrar con un tazón en su mano. Ya habían pasado casi dos horas desde que habíamos llegado y no se me había dado la gana de hablar con nadie. Mis ojos estaban cansados de tanto llorar por un idiota.

—Gracias —contesté mientras me tendía el tazón de chocolate caliente entre mis manos.

Un tazón de chocolate caliente y *marshmallow* entre los dos era sinónimo de arreglar un corazón. Siempre que discutíamos o que me enfadaba con él por algún motivo, posiblemente estúpido, o tal vez cuando alguno de los dos estaba triste, Liam preparaba un tazón de chocolate caliente y todo se arreglaba. Todo se arruinó cuando Liam se intoxicó con chocolate, así que tuve que cambiar mi estrategia. Le llevaba un gran vaso de vidrio, que nos había obsequiado la abuela, con batido de fresa y un gran copo de nata encima. Todo lo arreglábamos así.

—Alice, lamento mucho lo que pasó en el centro comercial.

—No te preocupes —me encogí de hombros—. Es un idiota, no puedo creer que me haya hecho esto.

—Así es, es un idiota —resopló—. Solo quiero pedirte una cosa, por favor...

—¿Qué?

—No vuelvas a caer. Tú y yo sabemos que mañana llegará aquí pidiéndote perdón y suplicándote que vuelvas a estar con él. Seguramente te jurará que no volverá a pasar, pero, por favor, hermana, no seas estúpida. Si lo hizo una vez, puede hacerlo las veces que sean.

—Lo sé, no quiero que me pase a llevar de esta manera. Nunca le hice algo malo para que actuara así conmigo.

—Eres hermosa, aunque nunca te lo diga —sonrió—. Puedes tener al chico que quieras, de hecho, no necesitas de un chico para ser feliz porque tú vales mucho más que eso —dijo y yo reí—. No desperdicies tu juventud con un tipo que no te quiere. Puede haber muchos por ahí que pueden hacerte más feliz que él.

—Gracias, Liam.

No conversamos demasiado, pero su simple compañía me hacía sentir bien. Luego de unos minutos se fue a dormir porque al día siguiente regresaba la rutina.

Al otro día desperté pensando en que solo había sido una pesadilla, pero no fue así..., ya que al ver mi celular tenía treinta llamadas perdidas de Christopher y cuatro mensajes, donde uno decía: «Alice, por favor, necesitamos hablar sobre lo que ocurrió». Segundo: «Por favor, contéstame al celular, te necesito». Tercero: «Mi amor, no seas cruel conmigo, me siento muy mal... Sé que cometí un error, pero podemos solucionarlo». Y cuarto: «Mañana podremos conversar, pero, por favor, trata de entenderme, es solo un error que puedo arreglar... Lo lamento mucho, te amo».

Mi corazón cada vez se hacía más pequeño al leer esos mensajes, pero ya todo estaba roto, nada volvería a ser a igual. Había amanecido nublado y con frío, tal cual lo haría en una película dramática. Rápidamente salí de la cama para ducharme, me vestí y bajé para desayunar. Como nunca, Liam estaba sentado, listo, con su desayuno frente a él y mi padre se había ido a trabajar más temprano.

—¿Cómo estás? —preguntó Liam.

—Mejor —mentí.

—No te creo nada.

—Mal, pero es normal los primeros días —bromeé y él negó con su cabeza.

Desayuné, aunque no tenía hambre. Liam intentaba entablar una conversación conmigo, pero en la televisión comenzaron a dar una noticia. Se trataba de que habían amenazado al presidente por no sé qué cosa y estaban comenzando a asesinar personas y a

secuestrarlas también. No le di mucha importancia, ya que siempre existían esas amenazas absurdas que jamás se llevaban a cabo.

Me cepillé los dientes y mientras estaba en el baño, escuché el timbre. Fruncí el ceño frente al espejo para luego asomarme por la puerta, Liam estaba hablando con alguien, pero rápidamente su voz comenzó a subir de tono. Salí corriendo del baño y bajé las escaleras encontrándome con Liam y Christopher peleándose.

—¡Ya basta! —les grité mientras intentaba separarlos. Mi hermano lo había golpeado hasta hacerlo sangrar y Christopher había intentado defenderse, pero no había resultado como él esperaba—. ¡¿Qué les sucede?! Ya basta.

—¡Vete de aquí, imbécil! —gritó Liam.

—Alice, debemos hablar —me dijo Christopher ignorando por completo a mi hermano y secándose con la manga de su chaqueta la sangre de la boca.

—Es mejor que hablemos otro día, por favor —dije, intentando tranquilizarme. Me ponía de los nervios que dos personas pelearan, más aún si se trataba de Liam, quien, cuando se enojaba, nadie podía detenerlo.

—No, Alice. No he venido hasta aquí para que no me escuches.

—Y pudiste ir al centro comercial con otra chica para engañar a mi hermana, ¿no? Pudiste acostarte con otra, ¿eh? Vete al diablo, Christopher. No eres más que un puto tropiezo en la vida de mi hermana.

Escuché pasos en la escalera y de pronto se asomó mi madre con su bata de levantarse mirándonos atónita.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó confundida. Miró a Liam de pies a cabeza, sus nudillos sangrando y prácticamente lo empujó a la cocina para que se lavase. Miró a Christopher y lo hizo entrar mientras cerraba la puerta de un gran golpe—. ¿Qué demonios pasa con ustedes? —se alteró mirando a Liam y a Christopher como si fuesen dos niños—. ¿Cómo se les ocurre creer que pueden venir y hacer un escándalo a las siete de la mañana? ¿No saben que tengo vecinos?

—Lo lamento, es solo que he venido a hablar con Alice —habló Christopher mirándola—, fui un idiota, quiero que me perdone. Quiero a Alice y no quiero perderla.

—¡Basta de hablar estupideces! —se alteró nuevamente Liam—. ¡Acabas de decir que engañaste a mi hermana porque no te daba lo que querías! ¿Y qué demonios querías? ¡Simplemente sexo! Alice no es una prostituta, Christopher.

—¡Liam! —lo regañó mi madre.

—Esto es algo que deberíamos hablarlo Alice y yo —resopló Christopher.

—Claro que sí —lo miró mi hermano—, pero debiste haberlo pensado antes de sacarte el gusto con otra chica.

—Ya basta —los miré—, hablaré con Christopher, a solas.

—Alice —Liam bajó la voz—, solo estoy defendiéndote.

—Está bien, Alice —habló mamá—. ¿Quieres hablar con Christopher? —asentí y luego miré a Liam de reojo sintiéndome terriblemente culpable. Liam me observó enojado, tomó su mochila, que estaba en el sofá junto a su casco y salió de casa molesto. Escuché su moto alejarse en segundos.

Creo que había aceptado más por calmar la situación que por querer escucharlo de verdad.

—Vámonos, conversaremos camino a la escuela —me dirigí hacia Christopher. Mi madre nos miró unos segundos y luego subió las escaleras.

Cada paso que daba me hacía sentir más culpable, hasta que finalmente Christopher comenzó a hablar.

—Solo quería que me escucharas —decía mientras yo intentaba caminar rápidamente para llegar a la escuela.

Había prácticamente traicionado la lealtad de mi hermano. Me había comportado como una malagradecida con él, ya que simplemente intentaba protegerme de un imbécil.

—Te escucho, habla rápido. —Lo miré de reojo y seguí mi paso firme.

- CAPÍTULO TRES -

—La chica con la que me viste ayer es de la Universidad —comenzó—. Su nombre es Jazmín, la conocí...

—Christopher, no me importa quién es ni cómo la conociste —lo miré fijamente—, solo quiero saber por qué lo hiciste.

—Alice, lamento que suene de esta forma, pero ella me ha dado lo que tú nunca quieres —dijo y realmente eso dolió—, pero no estoy enamorado de ella, si eso crees. Solo lo pasamos bien.

—¿Sexo? —Alcé mis cejas.

—Sí.

—Christopher, me entregué a ti. Perdí todo contigo, ¿de qué hablas? —pregunté casi en *shock*.

—Lo sé, Alice. Me refiero a que después de esa vez, solo tuvimos sexo un par más.

—¿Crees que estar con alguien se basa simplemente en tener sexo?

—No, pero pienso que sí es vital en una relación, mi amor.

—No me digas mi amor —comenté fría—, cometí un error contigo —bufé.

—Lo hiciste por amor.

—Claro que sí, pero tú no me amas.

—Yo si te amo, Alice. Claro que lo hago.

—Christopher, seamos claros, por favor. —Por primera vez en toda mi caminata me detuve en seco para mirarlo—. Si realmente me amaras me tendrías como una prioridad en tu vida y jamás hubieses pensado en estar con otra chica para satisfacer tus obsesivas ganas de tener sexo. Hubieses venido aquí para decirme: «Alice, ¿sabes? Necesito que tengamos más actividad sexual», o algo así. Tal vez hubiésemos podido solucionar este problema, pero ya lo arruinaste, ya estuviste con otra mujer y hasta ayer yo solo pensaba ingenuamente que solo habían sido un par de besos, pero simplemente eres peor de lo que imaginé, eres una mierda, Christopher.

—Alice, tampoco debes tratarme de esa manera. Yo realmente te amo, cometí un error, lo sé, pero puedo solucionarlo.

—Me has hecho perder dos años de mi vida..., «mi amor» —reí con ironía.

—Alice...

—Ya es suficiente, Christopher. Me importa una mierda todo esto, ni siquiera quería hablar contigo. Si la tal Jazmín te gusta, ve-te con ella, sean felices teniendo sexo todo el día. Sé feliz —sonreí.

—No seas así de cruel conmigo justo ahora, por favor.

—Jamás pensaste en mí.

—Siempre lo hice, solo estás aprovechando esta situación para exagerar.

—Ya déjame en paz, ¿sí? Yo no soy la culpable de toda esta mierda.

Christopher me observó silencioso y yo apresuré el paso, ya que estaba congelándome y estábamos cerca de la escuela. Llegué justo al toque de campana y subí corriendo las escaleras, entré a mi salón de clases divisando a mis amigas que estaban sentadas al final de la sala, como siempre acostumbábamos. Las saludé y rápidamente me senté en mi pupitre.

—¿Estás bien? —me preguntó Lía.

—Sí, ¿por qué?

—Ya no mientas, tienes una cara de culo... —comenzó Jamie.

—Terminé con Christopher.

Ambas abrieron sus ojos de par en par mirándome, creo haber escuchado a Lía decir: «Ustedes estarán juntos toda la vida» más de una vez.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo? —preguntó Jamie con ansias y con un enojo que no podía disimular.

Les conté lo que había ocurrido mientras ellas escuchaban con atención.

—Creo que Liam se merece una disculpa.

—Lo sé —miré la mesa de mi pupitre.

El día no pasó tan rápido como esperaba, pero mis amigas me ayudaron sobremanera a olvidarme de lo que había ocurrido, aunque no dudaba que él seguiría esperándome para hablar conmigo una y otra vez.

—¿A qué hora salíamos hoy? —le pregunté a Jamie cuando me di cuenta de que ya era muy tarde y quería estar en casa.

—Tres treinta —contestó.

Estábamos pasados por quince minutos y la campana no había sonado. Las reglas decían que, si la campana no sonaba, el profesor no podía dejarnos salir del salón y, por supuesto, todas obedecíamos, si no, estaríamos castigadas hasta el año tres mil.

—Chicas, vengo en un minuto. No se escapen —nos indicó el profesor saliendo del salón de clases. Ninguna se movió de su pupitre, pero algunas comenzaron a mirar por las ventanas del edificio para saber lo que estaba ocurriendo.

De pronto, escuchamos gritos fuera del salón de clases. Hombres.

Hombres diciendo groserías y una compañera de inmediato se puso de pie, la vimos asomarse por la puerta mientras todas estábamos esperando alguna respuesta.

—¿Qué sucede? —pregunté con mi estómago hecho un nudo.

—No lo sé, odio estar en el último piso del edificio —respondió, pero al entrar cerró la puerta con pestillo.

—Quiero irme a casa, tengo un mal presentimiento —comentó Lía mirándonos. Sus ojos solo gritaban «miedo». Cuando Lía tenía un presentimiento, siempre ocurría algo, bueno o malo, pero ocurría.

De pronto me percaté de que todas estábamos murmurando y ni siquiera sabíamos por qué, y cuando estaba decidida a decirle a mis amigas que saliéramos del salón, alguien intentó abrir la puerta, pero como estaba cerrada comenzaron a hacer fuerza, no sé cómo todas llegamos al otro extremo de la sala arrancando de la puerta, hasta que finalmente se abrió a la fuerza de una patada. El picaporte se estrelló con el otro extremo del salón y algunos trozos de madera se esparcieron en la cerámica. El grito de algunas se hizo presente y solo podía pensar, «¿qué demonios ocurre?». Un tipo vestido de negro entró al salón. Tenía una pistola en su mano y solo podía pensar en lo alto y grande que era. Su rostro estaba cubierto.

—¡Cállense! —gritó, su voz grave y rasposa me congeló.

Todas obedecemos. No podía entender lo que estaba ocurriendo, ¿era una broma? Por favor, que alguien viniera a sacarnos de aquí. Todo pasaba en segundos, tan rápidos que apenas me daba cuenta si estaba respirando correctamente. Sentía mis piernas temblar y solo el dolor en mis brazos hizo que me percatara de que Jamie y Lía estaban agarradas a mí como si pudiese protegerlas. Era una pesadilla, sí, eso era.

—No griten y ninguna saldrá herida —ordenó el hombre—. Me importa una mierda que sean jóvenes, no dudaré en asesinarlas si algo sale de su boca una vez más.

Quería correr, pero la voz del tipo me tenía histérica y estática como una estatua. Nos hizo salir del salón de clases y rápidamente me percaté de que éramos la única sección que quedaba en la escuela, exactamente treinta chicas.

—¿Qué nos hará? —se atrevió a preguntarle una compañera con su voz temblorosa.

El tipo sonrió con ironía, pudimos escucharlo, y la ignoró. Nos sentó en la cerámica del pasillo y fue amarrando una a una nuestras muñecas con una cuerda vieja en la espalda. Nos amenazó una vez más diciéndonos que no gritáramos porque nos mataría si lo hacíamos.

Luego de unos segundos llegaron más hombres con sus rostros cubiertos y rápidamente fueron llevándose una a una a mis compañeras a quien sabe dónde. Luego uno de los hombres se acercó a mí, me tomó del brazo con brusquedad y me hizo caminar por las escaleras hasta el segundo piso y me metió a un salón de clases completamente vacío y muy oscuro. Las ventanas estaban cubiertas.

—¿Qué..., que ocurre? —al fin hablé, confundida y completamente aterrada. El hombre me amarró los pies mientras me ignoraba—. Por favor, dígame qué ocurre —casi supliqué al borde del llanto.

—Solo cállate si no quieres meterte en problemas.

Me quedé en silencio observando lo que hacía, siguiéndolo con la mirada y sin perderme ningún segundo de sus movimientos. Luego salió del salón. Me quedé congelada con la espalda en la pared e intentando que la desesperación no se metiera en mi cuerpo. ¿Qué demonios era esto? No quería ni siquiera decirlo en voz alta para que no se volviera real.

Estuve alrededor de dos horas sentada. Mi teléfono no dejaba de sonar y por más que intenté sacarlo, no pude hacerlo. De pronto, la puerta se abrió dejándome ver a dos tipos. «Este es el fin», pensé.

—Ponte de pie —me ordenó uno de ellos, intenté ponerme de pie, pero en mis intentos fallidos el mismo se acercó y me puso de pie con agresividad. Se acercó aún más y comenzó a revisar mis bolsillos. Sacó mi teléfono y lo lanzó a la pared, quebrándolo de inmediato.

—¿Qué diablos ocurre contigo?! —grité, pero de inmediato me arrepentí por mi atrevimiento. El hombre empuñó su mano y me golpeó en la cara tan fuerte que tuve que mantener el equilibrio para no darme de lleno contra el suelo. Mi labio de inmediato reventó en sangre y las lágrimas llegaron a mis ojos por el gran dolor que sentí.

—No me hagas acabar con tu vida, no me obligues a hacerlo —dijo el mismo tipo que me había proporcionado el golpe. No respondí.

Ambos salieron del salón y en cuanto cerraron la puerta caí al suelo completamente dolorida. Comencé a llorar de desesperación e impotencia, no merecía esto, y menos mis amigas. Mi corazón latía con fuerza de lo mal que me sentía y también me encontraba confundida, no podía entender qué había ocurrido allí afuera.

No podía calcular cuántas horas había estado sola sentada en la cerámica, pero el llanto me hizo dormir. No sabía qué hora era, ni si se había terminado el día. Cuando desperté, mi cabeza pesaba tanto como si tuviera cien kilos sobre ella. Mi espalda dolía. Lentamente, mis ojos chocaron con las frías paredes del salón de clases. No podía seguir llorando, alguien vendría por nosotras.

Unas horas después entró un tipo con su rostro cubierto, todos vestían igual, tanto que no se diferenciaban. Lo único que podía distinguir era que el tipo era alto y grande.

—Traje comida —comentó seco. Dejó una mochila encima de una de las mesas y deslizó el cierre para abrirla. Sacó un pequeño jugo y un sándwich. Se acercó a mí, desamarró mis manos y dejó las cosas en el suelo mientras me observaba de cerca. Ojos celestes. Probablemente esa información me serviría para cuando saliera de aquí.

—¿Qué hora es? —pregunté. No podía comer.

—Las siete de la mañana —contestó.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Qué hay de mi familia? ¿Dónde están?

—Deben estar desesperados —lo escuché reír. Luego de unos segundos, decidí comer, pues no iba a morir de hambre antes de que vinieran por mí—. Voy a ser tu compañero de salón.

—Prefiero la soledad —respondí.

—No seas grosera —resopló. Dejó un arma encima de la mesa y me observó fijamente—. ¿No aprecias tu vida?

—No —contesté.

El terror me hacía comportarme de manera estúpida. Él rio con ironía.

—Me gusta tu actitud, Alice.

Mi garganta se apretó, todo mi cuerpo comenzó a tensarse, ¿cómo podía saber mi nombre?

—¿Me puedes explicar qué ocurre? ¿Por qué estoy encerrada?

—pregunté intentando parecer tranquila y amable, pero estaba completamente alejada de parecer tranquila.

—Fácil, es un secuestro.

—Lo imaginé —comenté entre dientes—, pero ¿por qué lo hacen? ¿Por qué nosotras?

—Bueno, el presidente le debe una gran cantidad de dinero a mi jefe —comenzó a contarme serio y frío—. Y lamentablemente tu escuela es una de las mejores catalogadas a nivel nacional y estamos haciéndole perder mucho dinero al país. De alguna manera tiene que reaccionar. Son treinta chicas secuestradas y sus padres movilizarán al país completo. Mataremos a ese viejo idiota si es posible. —Su voz sonaba demasiado tranquila y fría para mi gusto, ¿acaso no tenía una pizca de remordimiento?

—Yo no tengo la culpa de eso —mi voz se quebró.

—Lo lamento. Todos estamos donde debemos estar.

Lo miré una vez más. Me causaba pavor que se le ocurriera golpearme, incluso cualquier cosa que se les ocurriera hacerme me causaba un miedo incontrolable.

El tipo, con su semblante tranquilo, pero agresivo, miraba su teléfono, a ratos sonriendo.

—Quiero ir al baño —solté de pronto.

El hombre levantó su mirada y se puso de pie para acercarse a mí y, cuando lo hizo, me ayudó a ponerme de pie. Salimos del salón en el que estaba y, al fin, pude ver luz y respirar el aire de afuera. Caminamos al baño y me dejó entrar sola sacándome todo tipo de cuerdas en mi cuerpo. Intenté no tardar demasiado, y por más que miré en todas las direcciones, no había ninguna salida. Todo estaba sellado. Intenté ver a alguna de mis amigas, pero no fue así.

—¿Estás bien? Ya debemos volver —lo escuché.

Suspiré aterrada, no quería volver junto a él. Rápidamente me lavé las manos y me dirigí hacia él. Amarró mis manos en mi espalda y nuevamente nos dirigimos al salón en el que estábamos.

—¿Cuánto tiempo me tendrán aquí? —pregunté.

—El tiempo que sea necesario.

—¿Estarás todo el tiempo aquí?

—Sí, ¿te molesta? Porque si te molesta podemos solucionarlo de inmediato —me observó.

Tragué saliva mirando sus ojos, que me aterraban. Sabía que podía matarme.

- CAPÍTULO CUATRO -

Él me miraba en silencio casi sin pestañear, tanto que tuve que desviar mi vista porque comenzaba a sentirme incómoda e histérica.

—¿Estás nerviosa?

«La verdad, sí. Estoy nerviosa, histérica, aterrada. No sé cuándo voy a salir de aquí, no sé si seguirán golpeándome, si abusarán de mí o simplemente me matarán», pensé, pero no dije nada.

—¿Puedes decirme cuando haya terminado el día? —pregunté en un tono tan bajo que apenas pude percatarme si me había oído. Él me observó con confusión, abrió su mochila, de donde sacó un reloj de mano que lanzó a mi lado. Miré la hora: 9:07 a. m. Estábamos casi entrando al invierno, así que se oscurecía a eso de las seis de la tarde.



Eran alrededor de las dos de la tarde y no hice más que mirar la pared y luego mirar al tipo, no sabía qué diablos hacer ni tampoco en qué pensar. Solo me movía para ir al baño o para comer.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—No.

—Debes comer.

Iba a responderle, pero dieron algunos golpes en la puerta con fuerza. Él se puso de pie y abrió, salió un momento y solo podía oír sus voces.

—¿Todo bien? —preguntó el que había golpeado, pues no reconocía su voz.

—Sí —respondió mi compañero de salón.

—¿Algún problema con la chica?

—No quiere comer —contestó y casi pude sentir mi corazón salir de mi pecho.

Cuando escuché la puerta abrirse mi estómago era un revoltijo, casi creí que iba a vomitar ahí mismo. Era un hombre de aproximadamente cuarenta años, su rostro estaba completamente descubierto. Me observó con sus ojos café y sentí que su mirada quemó mi piel. Mi corazón se aceleró aún más y sentía que pronto me faltaría la respiración. Solo pude observarlo casi orando que no me hiciera daño.

—Alice, ¿verdad? —preguntó acercándose lentamente a mí. Asentí y por un momento quise desprenderme de ese nombre. Me corrí unos centímetros atrás, hasta que mi espalda chocó con la pared. Respiré profundo intentando tranquilizarme—. ¿Por qué no quieres comer?

—No tengo hambre —bajé la voz al borde de las lágrimas.

—¿Quieres morir? Porque si es así, puedo matarte yo mismo —sonrió con tranquilidad.

—No, no..., por favor —tartamudeé casi atragantándome con mis propias palabras.

—Entonces vas a comer.

—Sí, lo haré —contesté rápidamente.

—Debes obedecer —dijo frío mientras se agachaba frente a mí. Abrió su chaqueta y de ella sacó una pistola. Mi corazón se aceleró, nunca había visto un arma tan cerca de mi rostro. Mi respiración estaba agitada y solo quería correr de ahí. Puso la punta de la pistola en mi mentón con fuerza, consiguiendo que levantara mi cabeza

y me quejara por la presión que estaba haciendo—. No quiero matarte, de verdad.

—No lo haga, por favor... —hablé aterrada ante tal escena de película que estaba viviendo. Mi compañero de salón claramente estaba desde atrás mirando la escena sin entrometerse.

—Me estás provocando.

—Le aseguro que no. —Una lágrima recorrió mi mejilla.

—No me sigas contestando. —Cargó la pistola tirándola hacia atrás. Escuché las balas cambiarse de lugar y comencé a llorar desesperada—. No llores, cállate. —Las lágrimas no paraban e intenté constantemente detenerme, pero no lo lograba, así que comencé a respirar profundo.

Me quedé en silencio esperando lo peor, pero el tipo sacó la pistola de mi mentón, rápidamente me golpeó con ella la cabeza y todo se volvió negro.

Desperté con el ruido constante desde fuera del salón en el que me encontraba. Mi cabeza me dolía muy fuerte y sabía exactamente por lo que había sido. En cuanto mis ojos chocaron con las paredes pude darme cuenta de que era un lugar diferente, no era mi salón de clases ni nada parecido a algo de mi escuela. El terror hizo que me doliera la cabeza aún más. Finalmente, choqué con la mirada de mi compañero de salón.

—¿Qué día es? ¿Cuánto dormí? —le pregunté confundida y tratando de tocar mi cabeza, pero mis manos estaban amarradas.

—¿Dormir? —rio—. Parecías estar muerta. Estuviste inconsciente dos días.

—¿Dos?! —alcé la voz.

—Sí.

—¡Ya verán! —grité—. ¡Son unos hijos de puta! ¡¿Por qué demonios nos tienen aquí encerradas?! ¡Te pudrirás en la cárcel, maldito idiota! —le grité sin poder controlarme, ya no podía estar soportando un día más.

—Me estás sacando de quicio, cállate —comentó con indiferencia.

—¿Eres un puto cobarde! —continué gritándole—. ¡Ni siquiera tienes el coraje de sacarte el pasamontañas! ¿Acaso crees que me escaparé de aquí y te iré a describir físicamente y harán un retrato hablado de ti? ¡Eres un idiota!

El tipo se puso de pie rápidamente y se acercó a mí lo suficiente para que me quedara callada, se agachó frente a mí y me desamarró las muñecas y los tobillos con fuerza.

—¿Quieres escaparte? Vete, no te detendré yo —dijo mientras me miraba fijamente—. Vete, si tanto quieres salir de aquí, vete.

Lo miré confundida y me puse de pie audazmente, quise salir corriendo, pero algo me decía que, si lo hacía, iba a morir de todas formas, además no tenía idea de dónde estábamos. Lo miré en silencio acercándome a la puerta, él se mantenía sentado en el suelo observándome tranquilo. Puse mi mano en el picaporte de la puerta y mis ojos se llenaron de lágrimas; sin poder contenerlas, comencé a llorar, caí al piso sentada y envolví mi cabeza entre mis rodillas.

—Lo sabía —bufó—. ¿Quién es la cobarde ahora?

—Por favor, no vuelvas a ponerme esas cuerdas —sollocé.

—¿No? —Pude escuchar su sonrisa irónica detrás de su pasamontañas—. Puedes escaparte si no te pongo esto.

—Sabes que no lo haré, ya lo descubriste —levanté mi vista.

—Está bien, pero haremos un trato —dijo, luego se acercó a mí y se sentó frente a mí.

—¿Cuál? —No podía ni siquiera creer que estaba intentando llegar a un acuerdo con uno de mis secuestradores quien, hasta el momento, había sido el único y probablemente 0,1 % amable.

—No hagas estupideces. No quiero verme obligado a usar esa arma —fijó su mirada en la mía—. Tal vez no puedo matarte, pero puedo dispararte en las piernas, en los hombros, puedes quedar parapléjica, Alice.

Asentí rápidamente y me puse de pie para alejarme de él. Caminé hasta el final del salón y me senté en el suelo apoyada en la pared. El tipo me observó y regresó a la silla en la que estaba sentado al principio después de unos segundos.

No podía pensar en nada más que en mi familia, ¿qué estará haciendo mi madre? ¿Mi padre? ¿Mis hermanos? ¿Qué pasará por la cabeza de Christopher en este preciso momento? Quisiera haber tenido la oportunidad de besar a mamá antes de salir de casa, de pedirle perdón a Liam por ser una malagradecida, de decirle a Christopher que lo perdono por ser joven e idiota y decirle a papá que siempre será mi héroe. Quizá nunca pueda ver crecer a mi hermana, quizá nunca más pueda llegar a casa y ser recibida tan bien.

Las horas fueron pasando y mi único entretenimiento era mirar todo lo que hacía mi compañero de salón. Sacó un colchón inflable de un bolso, lo enchufó y este se comenzó a inflar por sí solo, era grande, pero no quise hacer comentarios al respecto. No quería que abusaran de mí.

—¿Ashton! Abre la puerta —escuchamos desde fuera. El tipo, que ahora sabía que se llamaba Ashton, se puso de pie después de haberme dado una mirada asesina, abrió la puerta y un tipo de su misma fachada entró sin pedirle permiso a nadie.

—¿Qué quieres? —preguntó Ashton un tanto irritado. No pude ver sus facciones.

—Vine a conocer a Alice —respondió mirando la habitación. Sus ojos se posaron en mí y enseguida sentí asco por la forma en que me miraba.

—¿No te asignaron a otra chica? —le preguntó Ashton mirándolo claramente molesto por su tono de voz.

—No, dijeron que me encargara de revisar los salones y claramente vendré por aquí muy seguido —dijo, luego se acercó a mí.

Parecía ser la diversión de todo mundo ahí.

—No fastidies, vete de aquí. Ella ya tiene un vigilante y ese soy yo, ¿está bien? —El tono de voz de Ashton sonó molesto.

—Vienes aquí a trabajar, imbécil. —El tipo lo regañó.

—Eso es lo que estoy haciendo y me estás fastidiando el trabajo. No porque seas el hijo de la cabecera podrás venir a molestarme cuando se te pare el culo.

—Ah, ¿quieres abusar de la chica tú solo? —le preguntó con gracia. Cuando ni siquiera mi compañero de salón había sido capaz de proporcionarme un golpe.

—No hables estupideces, vine aquí para salvar mi vida, no me jodas.

—Entonces hazme caso, amigo —expresó el tipo fijando su mirada en Ashton y luego dirigiéndose a mí.

¿Qué significaba eso de «vine aquí para salvar mi vida»? ¿Acaso él no quería hacer esto? No entendía lo que ocurría.

—Vendré mañana a esta misma hora para ver cómo sigue todo —informó—. Adiós, querida Alice.

Lo miré en silencio. Luego vi a Ashton cerrar la puerta con llave cuando el sujeto se marchó, respiró profundo, revisó si su colchón estaba listo y lo desenchufó. Se acomodó para asegurarse de que estuviese bien y ahí se quedó.

—¿Quién era él? —pregunté con la voz casi en un susurro.

—Ya escuchaste, el hijo del mandamás.

—¿Qué quiere hacerme?

—Nada que te importe.

—Claro que me importa —lo miré con rabia—. Es mi cuerpo.

Él me observó silencioso y me ignoró. Luego se puso de pie para buscar algo en su mochila.

—¿Por qué estás tú aquí?

—No es algo que te importe —contestó áspero—. No te metas conmigo y no quieras saber de mi vida, ¿escuchaste bien?

Solo pude asentir con temor. Saqué la mirada de la suya y me dirigí a una de las maderas por la cual entraba un poco de luz.

—Yo puedo... Comer, ya sabes, ¿algo? —traté de preguntar con nerviosismo.

Él asintió y se puso de pie, sacó una de sopa instantánea y un termo con agua caliente, lo vació dentro del vaso con sopa y luego me lo tendió junto a una cuchara. Tomé mi sopa en silencio y luego dejé la basura a mi lado.

—¿Tu nombre es Ashton? —le pregunté. Necesitaba hablar con alguien o si no me volvería loca.

—Sí.

Miré en silencio lo que podía ver de su rostro, que solo eran sus ojos. Me tendí en el suelo sin esperar que él me dijera «duerme aquí». Obviamente eso no iba a pasar ni en un millón de años. Cerré mis ojos y comencé a pensar cosas buenas, no quería volverme loca, no quería comenzar a hablar sola ni a imaginar cosas inexistentes.

Cuando desperté, lo primero que vi fue a Ashton sentado en el colchón con su mirada fija en mí y cuando se percató de que lo estaba mirando él rápidamente desvió su mirada.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las tres de la madrugada.

—¿Tú no duermes?

—Te puedes escapar.

—No soy tan estúpida como para hacer eso mientras estás durmiendo.

—¿Qué?

—Seguro que hay varios tipos ahí afuera esperando que una de nosotras se escape y molernos a golpes hasta dejarnos inconscientes porque de lo que estoy segura es de que no nos matarán.

—¿Eso es lo que crees? —Pude oír su ironía.

—Sí.

—Vaya, quizá tengas razón.

—Eso espero.

Ashton me miró en silencio y luego fui yo la que desvió la mirada.

—Quiero ir al baño —le pedí.

—¿No puedes esperar hasta las siete de la mañana?

—No.

El tipo se puso de pie y pude ver que solo andaba en bóxer, se colocó un pantalón de chándal y luego me amarró las manos para salir de la habitación. En cuanto salimos, el frío aire chocó con mi rostro, todo estaba completamente oscuro y mis zapatos hicieron contacto con tierra. ¿Dónde demonios estábamos?

Mientras íbamos caminando, escuché el grito de una chica a quien rápidamente reconocí, era Jamie. Mi piel se erizó por completo y mi garganta se apretó.

—Jamie —susurré.

—¿Qué?

—Mi amiga, Jamie ¿qué le están haciendo? —Mis ojos se llenaron de lágrimas y comencé a desesperarme.

—Seguro que se está portando mal.

—Por favor, quiero saber qué está ocurriendo con ella.

—Ahora no, no fastidies —agarró mi brazo con fuerza y me arrastró hasta el salón.

Escuchar gritar a mi amiga de esa manera me erizó la piel... Quería verla.

- CAPÍTULO CINCO -

—Estoy cansado —expresó mientras cerraba la puerta.

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire y solo sentí una enorme rabia bajar desde mi cerebro hasta la punta de mis pies, ¿cómo podía estar cansado? No podía sacarme el grito de mi amiga de la cabeza y solo bastó una frase estúpida para hacerme gritar.

—¿Cansado? ¡Yo estoy cansada de todo lo que nos está ocurriendo! —grité, él me observó con sorpresa.

—Sí que eres muy expresiva, Alice —rio por lo bajo y caminó hacia su colchón.

—¿Nunca te sacarás esa estupidez de la cara?

—No, puedes encandilarte con mi hermosura.

Rodé los ojos, no me hacía gracia. Y lo peor de todo era que sentía todo muy a flor de piel. A ratos quería golpearlo y a los minutos quería solo conversar con él para no volverme loca.

—Tienes razón, ahora me lo sacaré —comentó—. De todas maneras, hoy era el día para sacarnos esta mierda que ya me tiene aburrido. —Cogió el pasamontañas con una de sus manos y se lo quitó dejándome ver por primera vez su rostro.

Su cabello era negro, al menos así se veía dentro de cuatro paredes. Sus facciones parecían sumamente definidas y, la verdad, me pareció un chico guapo que no me explicaba por qué demonios se

encontraba ahí, secuestrando personas. Su mirada se fijó en la mía, creo que lo miré demasiados segundos sin pestañear, él sonrió de inmediato. Una sonrisa que me paró los pelos.

—¿Te encandilé con mi hermosura? —Alzó las cejas.

Me quedé en silencio y él solo me observó divertido. Después de todo, lo único que podía rescatar era que era un tipo relativamente normal, algo bipolar, parecido a mí. Pero era lo mejor que podía pasarme ahí adentro, al menos no quería golpearme o abusar de mí.

—¿Puedes averiguar qué le están haciendo a mi amiga? Por favor —le pedí, lo que sonó más como una súplica, y la verdad no me importaba que sonara así.

—Por la mañana lo sabremos, ahora duérmete —ordenó y yo obedecí en silencio.



Desperté una hora antes que él, lo sabía porque miraba la hora con obsesión en el reloj que me había facilitado. Él dormía como si fuese su cama y su hogar, pero yo no podía pegar un ojo. Además, mi cuerpo dolía como el infierno y la preocupación me causaba graves problemas de ansiedad.

Ashton despertó solo. Ni siquiera quería moverme para no hacer ruido, no quería que comenzara a amenazarme con que iba a matarme ni tampoco que me llenara de groserías antes de tiempo.

—Despertaste —escuché detrás de mí.

Asentí. Lo vi ponerse de pie y comenzó a vestirse con rapidez, me pidió que me levantara y amarró mis muñecas en mi espalda, luego salimos de la habitación.

—¿A dónde vamos? —me atreví a preguntar, pues el camino no lo conocía y aunque fuese de día, parecía fúnebre y oscuro. El camino era de tierra y cada paso que daba me hacía sentir más próxima a la muerte.

—Cállate —soltó frío.

Por supuesto que me callé y solo continué caminando a su lado. Anduvimos por unos pasillos que me marearon y luego nos encontramos con un pastizal en medio de la nada. Siendo honesta, era más tierra que mala hierba. Estaba oscuro, pues eran alrededor de las cinco de la mañana.

Poco a poco comencé a divisar que algunas compañeras venían acompañadas de otros hombres que ya no traían su pasamontañas. Los miraba uno a uno, intentando memorizar cada detalle de sus rostros. Luego solo me dediqué a buscar a mis amigas y a la única que vi fue a Lía. No tenía golpes visibles, al menos, eso me alivió, pero ella se alarmó al verme a mí. Supongo que mi rostro estaba más morado de lo que yo pensaba.

—No quiero que hables, ni siquiera que te muevas —susurró Ashton en mi oído.

Obedecí. Pues no entendía por qué nos habían llevado hasta allí.

Un silencio diferente al que ya había se metió en el lugar y todas las miradas se fueron a un costado en específico. Imité y miré hacia donde todos lo hacían hasta que finalmente mis ojos chocaron con el rostro del mismo hombre que me había golpeado con la pistola en la cabeza. Detrás de él venía un tipo con... ¿Jamie?

Mi corazón se aceleró con fuerza, casi podía sentirlo en mi cerebro. El sujeto traía a mi amiga tomada por los brazos en su espalda, ella caminaba a duras penas y su rostro parecía casi desfigurado por los golpes que debían haberle proporcionado. Su boca sangraba, pero ella intentaba levantar su mentón.

—Jamie —susurré sin siquiera pensarlo. Mi mirada chocó con la de Lía, que también estaba horrorizada por la escena que estábamos presenciando.

—Queridas —comenzó a hablar el hombre de cabellera casi blanca, que supuestamente era la cabecera de todo este mal sueño—. Sí, soy yo, su peor y más maldita pesadilla. Quiero que sepan que esto no es una broma, y quiero que tengan claro que no pueden venir y creerse superiores a nosotros, ¿sí? —recorrió a cada

una de nosotras con su mirada—. ¿Ven a esta chica? —señaló a Jamie, ella lo miró en silencio, pero podía notar el odio que estaba sintiendo y que no podía expresar—. Esta chica quiso pelear por lo que era «justo». —Hizo comillas con sus dedos y luego soltó una carcajada falsa—. ¿Acaso no es justo que el puto presidente me pague?! —exclamó con euforia.

—¡No es nuestra puta culpa! —le gritó Jamie con la poca voz que le quedaba.

Solo pedía que se callara, por favor, ¿acaso no le bastaba tener su ropa despedazada y llena de sangre? El hombre cambió completamente la expresión de su rostro, golpeó a Jamie con una de sus grandes manos, y de pronto quise entrar a defenderla.

—¡Mátame pronto! —gritó mi amiga—. Me importa una mierda vivir este puto infierno. ¡Mátame, Marcus Denovan! —continuó—. ¡Sépanlo, chicas, este viejo imbécil es Marcus Denovan y deben pudrirlo en la cárcel! —gritó.

El miedo comenzó a entrar en mi cuerpo y yo misma quise matar a Jamie para que, por favor, guardara silencio, no quería que nada malo le ocurriera a mi mejor amiga. El enojo y euforia de Marcus Denovan subió a su rostro, cargó su pistola y apuntó a mi amiga.

—Sal de ahí, chico —le ordenó el hombre al tipo que se encontraba detrás de Jamie. Este se movió dejando a mi amiga sola frente al cabecera.

—¿Por qué le das tantas vueltas al asunto? —lo provocó Jamie—. Mátame de una vez.

¿Qué le ocurría a mi amiga? ¿Se había vuelto loca?

—Te concedo unas palabras antes de morir —sonrió con sarcasmo.

—Sé que quieres verme sufrir, Marcus —dijo ella—, pero ya no me queda nada, estos idiotas abusaron de mí y ahora quieres torturarme hasta que dé mi último respiro, ¿crees que soy una estúpida?

El hombre sonrió con perversidad y apretó el gatillo directamente en la pierna derecha de Jamie. Ella gritó hasta desgarrarse la garganta, y aunque cayó de rodillas a la tierra, se mantuvo digna ante la imponente figura de Marcus Denovan.

—Haz algo, por favor —murmuré. Ashton se mantenía detrás de mí y aunque me había escuchado, me ignoró, lo que me hizo pensar que ya no quedaba ninguna esperanza de poder salvar a mi amiga.

El hombre seguía mirando a mi amiga con sus ojos envueltos en perversión, disfrutaba con esa escena tan asquerosamente dolorosa. Comencé a llorar con fuerza mientras Jamie se mantenía apretando su pierna. El silencio que había era desgarrador. Nadie hacía nada, nadie podía hacer nada.

—¿Ahora sí quieres decir tus últimas palabras? —le preguntó el tipo. ¿Por qué le hacía esto a mi amiga? ¿Qué ganaría a cambio?

—Lía —la voz de Jamie se escuchó como un susurro—, no dejes que estos tipos te maltraten, por favor.

Lía comenzó a llorar y a gritar histérica que la soltaran, peleó, pero fue imposible zafarse del tipo que la tenía agarrada.

—Alice, no luches por esto, será en vano —soltó con angustia, ya estaba comenzando a quebrarse esa Jamie fuerte y justa que todas conocíamos—. Nos veremos cuando seas vieja, no ahora.

—¡Jamie!

—Las quiero. —Cerró sus ojos con fuerza.

Denovan miró la situación con una gracia que no podía comprender. Quería lanzarme sobre él y matarlo o simplemente golpearlo hasta el cansancio.

Lo vimos cargar nuevamente el arma y le disparó sin tapujo a Jamie directamente en el pecho. Dos veces. Dos. De pronto pensé que era una pesadilla, comenzaba a faltarme el oxígeno y mi cabeza estaba dando vueltas en círculos. Mi amiga se encontraba tirada en la tierra, desangrándose y nadie podía ayudarla. Tenía que ser una pesadilla. DEBÍA ser una pesadilla, pero no. El llanto de mis compañeras me regresó a la realidad.

—¡Hijo de puta! —alcé la voz con fuerza por encima de los sollozos de todas mis compañeras—. ¡Eres un maldito hijo de puta y te vas a pudrir en la cárcel!

Mi acto de «valentía» o de impulsividad consiguió que la mirada de Denovan se fuera a la mía.

—¿Quieres morir también? —me preguntó como si fuese algo cotidiano. Como si ser secuestrada, violentada y luego asesinada fuese un deporte.

Se acercó a mí lo suficiente y Ashton no me soltó. Me apoyé en él con fuerza y golpeé a Marcus en la entrepierna con tanta fuerza que ni siquiera un grito salió de su garganta. No se sintió bien hacerlo, pues no me traía de vuelta a mi amiga, pero al menos lo había golpeado.

—Maldito, eres un puto infeliz. Deberías morir en este preciso momento —dije entre lágrimas y conteniendo la rabia que sentía—. ¡Has asesinado a una chica de diecisiete años solo porque un imbécil corrupto te debe dinero! ¡¿Piensas que nosotras conseguiremos que él te pague?! ¡Imbécil! —continué gritando.

Ashton me movió unos centímetros más atrás y me apegó a su cuerpo, puso su boca en mi oreja y me susurró con molestia un «cálmate», pero ¿cómo podía pedirme eso? Solo esperé la reacción del hombre, que tenía el rostro colorado, no sé si por el dolor o por la rabia que estaba sintiendo. Me observó fijamente a los ojos y sin siquiera alzar su voz me dijo:

—Fuiste demasiado lejos, zorra —escupió sus palabras en mi cara—. Ashton, llévala a su habitación.

—¿Qué me harás? ¿Me matarás? ¿Es eso?

—No —resopló—. Eso sería un regalo.

Sus palabras se metieron en mi piel, y aunque quise seguir peleando con él, Ashton me tomó con fuerza y me arrastró hasta el salón. Me desató ambas muñecas, y cuando lo hizo, comencé a caminar de un lado a otro de forma desesperada.

—¿Qué demonios pasa contigo?! —me reclamó Ashton con su voz notablemente elevada—. ¿Acaso no quieres salir viva de este maldito lugar?

—¡Era mi mejor amiga! —le grité, intentando explicarle el dolor que estaba sintiendo—. ¿Acaso hay alguna oportunidad de salir viva de este lugar? —comencé a llorar nuevamente—. Imbécil —solté y luego comencé a darle golpes a todo lo que se encontraba en mi camino, comenzando por su estúpido colchón y la silla.

—Cálmate —me pidió, puso sus manos en mis hombros—. Si él vuelve aquí, va a torturarte, Alice.

—No me importa —bajé la voz.

—¿A él no le importa que tengas diecisiete años, maldita sea! —gritó.

—¿A caso a ti sí? —sonreí con ironía. Sequé mis lágrimas con fuerza—. No hay nadie en quien pueda confiar aquí adentro, así que, por favor, no trates de decirme lo que está bien o mal.

Él me observó confundido, pero no me respondió. Mi cuerpo estaba temblando y no sabía si era por miedo o por la terrible escena que había presenciado hace unos minutos, quería golpear, correr y gritar con fuerza.

—¿Ashton, abre la puta puerta! —escuché desde el otro lado. Era la voz de un chico y lo conocía. Era ese chico que había venido ayer.

Ashton rodó los ojos, se acercó a la puerta y la abrió. De pronto recordé, él era el hijo del maldito Marcus Denovan. Su rostro estaba descubierto y lo único en que me pude fijar dentro de mi enojo y terror, fue en que era de piel muy clara, con facciones toscas y cabello oscuro y con rizos. No miré más allá de eso.

—¿Qué mierda quieres, Joe? —preguntó Ashton notablemente irritado por la presencia del tipo.

—Ver a Alice —contestó rápidamente, luego se adelantó para entrar a la habitación.

Quería golpearlo. Quería matar a todo el que tuviese apellido Denovan.

—Alice, Alice, Alice... —sonrió mientras se acercaba a mí con cautela—. Sí que tienes agallas.

—No es necesario que la fastidies ahora, Joe —pidió Ashton.

—¿Por qué? ¿Me dará una patada en las bolas? —sonrió con ironía—. Eres tan hermosa —se dirigió hacia mí, puso su mano en mi rostro y luego comenzó a bajarlo lentamente hasta mi cuello.

Rápidamente me corrí hacia atrás y caminé hacia Ashton, quien en ese minuto me parecía más seguro que cualquier otro tipo.

—¿Quién te ha mandado para acá? —le preguntó mi compañero de salón posicionándose frente a mí, dejándome detrás de él y enfrentándose a Joe.

—Nadie —contestó él con simpleza.

—Entonces puedes irte a la mierda —sonrió Ashton—. Esperaré a que tu padre llegue aquí. No abusarás de Alice solo porque te pone caliente, Joe, no seas enfermo —expresó con brusquedad. Además, era envidiable lo tranquilo que era Ashton para mandar a la mierda a una persona.

Joe lo observó irritado y salió de la habitación dando un fuerte portazo.

—Gracias —murmuré apenas.

Él no me dijo nada, solo lo vi sentarse en la silla golpeando con la punta de su dedo índice la mesa de madera que había en la habitación. Mi corazón todavía latía con fuerza y se encontraba destrozado, pero ahora comenzaba a preocuparme por mi integridad física.

—Alice —escuché desde la puerta.

Mi mirada subió hasta chocar con los ojos de Marcus Denovan, quien venía acompañado por dos sujetos.

—¿Qué me harás? —pregunté con audacia. Ashton me miraba queriéndome asesinar, molesto y tratando de decirme con su mirada que me quedara callada.

—Quítate la camiseta —me ordenó uno de los tipos.

Lo miré en silencio, pensando en que no hablaba en serio.

—¡Quítatela! —gritó Marcus. Me sobresalté de inmediato.

Me quité la camiseta y el frío de la habitación consiguió que mis vellos se erizaran. Estaba agitada y con un terror que podía palpar con la punta de mis dedos.

—Y la falda —ordenó Marcus.

Intenté mantenerme sin lloriquear, aunque mi garganta amenazaba con un nudo kilométrico. Me quité la falda a duras penas, temblorosa y pensando en que lo peor no era morir.

Miré a Ashton casi rogándole que hiciera algo, pero él se mantenía al margen de lo que estaba sucediendo, aunque no disfrutaba como los demás, pues corría la mirada y se notaba incómodo cada segundo que pasaba.

—Marcus —habló Ashton. Empuñé mis manos con nerviosismo y lo miré. Su expresión era neutra, pero escondía algo en su mirada—. ¿Qué le harás? Ya basta, estás torturándola por sufrir como cualquier persona. No te comportes como un hijo de puta con ella.

Marcus levantó su mirada hacia Ashton, con desdén y mal poder. Si las miradas mataran, probablemente Ashton estaría muerto.

—Cállate, Ashton, y sal del salón —ordenó el hombre.

